

CONCILIO

primera

etapa

Juan García Pérez, S. J.

sembrando en el período de preparación conciliar. Traza en él una visión optimista del presente histórico, concreta la posición que la Asamblea ha de tener en la exposición de la doctrina, indica la actitud ante el error y dirige la mirada hacia el fin remoto del Concilio, —pero no por ello menos presente a los afanes conciliares—, de la unidad religiosa de la familia humana y primeramente de cuantos son y se llaman cristianos.

CUANDO se publiquen estas páginas, habrán pasado dos meses desde el final de las sesiones conciliares. Apenas hay revista o periódico que no se haya hecho eco, en mayor o menor escala, de los acontecimientos del Concilio. Un verdadero aluvión de noticias, que oscilan entre la crónica anodina y el sensacionalismo periodístico, ha invadido sobre todo los países de mayoría católica. Queremos nosotros ahora realizar únicamente algunas sencillas reflexiones sobre las diversas situaciones que se han producido en la Asamblea Conciliar, cuyos detalles y pormenores suponemos ya conocidos.

El guión del número anterior de nuestra revista (“Firmes en la esperanza”) recogía del discurso de apertura del Padre Santo, una innegable impresión de optimismo y serena confianza en el futuro. El Papa reunió en su alocución, en síntesis magistral, cuanto ha ido

Venía así a poner el Papa un decidido empeño de “aggiornamento”, de puesta al día, de enfrentarse con los problemas actuales del mundo (no mera recapitulación de puntos de estudio discutidos en el pasado) para ofrecer una solución positiva y eficaz (carácter predominantemente pastoral del Concilio).

Esperamos que la palabra y el deseo del Papa hayan sido captados por todos en todo su alcance, sin mutilaciones. No se trata de los revisionismos que periódicamente tienen lugar en determinados partidos y sistemas políticos, ni está condicionado por el angustioso temor a perder derechos adquiridos. Es posible tal vez que a algún espíritu menos generoso le produzca temor esta actitud de la Iglesia, de someter a revisión seria, honda y comprometida ante el mundo, su actuación y modo de

proceder. Quizá algunos elementos eclesiásticos han causado (¿hemos causado?) con excesiva frecuencia, la impresión de “tener razón”. Un uso más indiscutido que indiscutible puede crear en tales espíritus la conciencia de realizar en sí mismos una síntesis inteligente y ponderada entre los criterios evangélicos, las normas tradicionales y las nuevas exigencias creadas por las actuales circunstancias. El examen de conciencia colectivo hace surgir en el horizonte la posibilidad de cambios, reajustes y “mea culpa” también colectivos. Tienen miedo quizá a causar mala impresión y sin dificultad acuden a su mente las imágenes de revisionistas del XVI que brujuleaban peligrosamente hacia rutas de heterodoxia. Con todo la voluntad del Papa es clara, y creemos es generosamente secundada por la actitud de los Padres Conciliares.

El mensaje que la Asamblea dirigió al mundo, se sitúa de lleno en la línea marcada por Juan XXIII. No se presentan allí los “derechos de la Iglesia”, derecho a enseñar a los hombres, a ser tenida en cuenta. No se deploran derechos conculcados ni se lanzan anatemas contra nadie. Algún Padre Conciliar ha hecho notar que la presentación de una Iglesia muy autoritaria, —cosa no del todo infrecuente—, es más un obstáculo que un camino hacia Cristo. Los pastores “que llevan en sus corazones las ansias de todos los pueblos, quieren dirigir todas sus energías y pensamientos a renovarse a sí mismos y a las almas a ellos confiadas. Por ello invitan a todos, no sólo a sus hermanos a quienes sirven como Pastores, sino a todos los hermanos que creen en Cristo, a que colaboren para instaurar en el mundo una sociedad humana más recta y más fraterna”. Con estos pensamientos de renovación personal y colectiva, se iniciaron las tareas conciliares.

Elección de las comisiones

Los detalles y procedimientos, los ha difundido extensamente la prensa

diaria. A propuesta de los Cardenales Lienart y Frings, ambos del Consejo de Presidencia, las diversas conferencias episcopales elaboraron unas listas, cuyo principal objetivo era el positivo deseo de reflejar, con la mayor amplitud posible, las diferencias de ambiente, cultura, problemas y desarrollo que afectan a las diversas clases de fieles. No se unieron las Conferencias episcopales contra nadie, como tampoco el Concilio. El resultado fue una vastísima representación de la Iglesia en el seno de las Comisiones. Tal vez a alguno le haya extrañado el elevado número de Obispos italianos o de Curia, llamados después por el Papa para completar las listas. Es posible que, por la posición que de hecho ocupan en el gobierno ordinario de la iglesia, desee el Papa tengan ahora mejor oportunidad para ascultar no tanto es un plano administrativo cuanto en clima conciliar y de verdadero diálogo, la pluralidad viva de la Iglesia. Estos miembros elegidos por el Papa, —nos referimos a los italianos y de curia—, podrán ofrecer a los demás miembros de las Comisiones, la experiencia, universal en otro aspecto, y secular de las Congregaciones Romanas.

Liturgia

El primer esquema que se propuso a los Padres fue el de la Liturgia. Ha merecido sinceros elogios y se ha alabado en él la amplitud de miras y flexibilidad para adaptarse a situaciones diversas. Viene a recoger las ideas propugnadas por el movimiento litúrgico de los últimos años, que no hace mucho parecían a algunos demasiado avanzadas e inviables. La Liturgia es el cauce ordinario y más asequible a todos que nos trae de Dios sus enseñanzas y lleva a El nuestras inquietudes íntimas y comunitarias, convertidas en oración. Bien se ve aquí cómo “las aportaciones de la Historia, recubren de un revestimiento temporal, sometido al envejecimiento y a la caducidad” las ceremo-

nias y por ello se hace preciso revisarlas periódicamente. (Mons. Baron). El mensaje de Cristo está hoy destinado a hombres que en su inmensa mayoría padecen hambre, "una gran parte de los cuales, vive en favellas, slums, suburbios. Se llaman entre sí camaradas y están habituados al lenguaje incisivo y directo de sus líderes como a la sobriedad de líneas de sus rascacielos, de sus "jets" y del "short" que llevan sus jefes militares para pasar la revista, mientras que nosotros, pobres Obispos de la Iglesia de Cristo, tenemos que dar este mensaje desde lo alto de nuestros altares y Palacios Episcopales, en el barroco incomprensible de nuestras misas pontificiales, con sus extraños ballets de mitras, en las perifrasis más extrañas aun de nuestro lenguaje eclesiástico". (Mons. Iriarte).

El noble hieratismo de la liturgia romana se encuentra a veces oscurecido por una proliferación excesiva de rúbricas que hace desear a muchos su renovación y simplificación. Introducción de la lengua vulgar en la administración de los Sacramentos o en diversas partes de la Misa; comunión en las dos especies de pan y vino extendidas a los fieles de rito latino y concelebración, ambas en circunstancias especiales (fechas cruciales de la vida, comunidades sacerdotales); diversos cambios en la celebración litúrgica de sacramentos como bautismo, matrimonio y penitencia, son temas que han atraído la atención y el trabajo de los Padres Conciliares. Tal vez a alguno le parezcan objetivos demasiado leves para el fin supremo del Concilio de hacer a la Iglesia más asequible a todos los hombres de nuestro tiempo. Pero creemos con el cardenal Alfrink que esto "resultará de una multitud de transformaciones y renovaciones, mínimas quizá en sí mismas, pero que reunidas darán a la Iglesia una atmósfera nueva, un clima nuevo, conservando naturalmente la fe antigua". La unanimidad moral con que la renovación litúrgica ha sido acogida por los Padres del Con-

cilio, nos llena el corazón de profunda esperanza. Siguen fielmente los deseos de Juan XXIII de renovar la Iglesia.

Esquema sobre las fuentes de la revelación

Es en la discusión de este esquema donde se llegó a acentuar con más calor la diversidad de tendencias, cuya aparición es fenómeno que no debe extrañar y desorientar a nadie. Quizá para salir al paso a los sensacionalismos, parte de la prensa y aun algunos de los comunicados de las primeras sesiones, evitaron señalar las divergencias. Existe desde luego la tentación de aplicar al Concilio, sin modificarlas, las expresiones y métodos de una asamblea política parlamentaria. Una confianza serena en la Verdad, lleva a preferir explicar sus puntos oscuros más que ocultarlos.

El esquema sobre las fuentes de la revelación, ha puesto de relieve una excesiva y algo rígida unilateralidad que en la preparación de este esquema había guiado a la Comisión Teológica. Una notable mayoría de Padres se opusieron desde el principio a tomarlo como punto de partida para las discusiones. Esta dualidad de tendencias ha quedado oficialmente reconocida y aun casi institucionalizada en una comisión mixta al frente de la cual hay dos Presidentes, los Cardenales Ottaviani y Bea. Los primeros pretendían que no se rechazase en bloque el esquema fruto de pacientes trabajos de hombres doctos y expresión exacta, en no pocos puntos, de la verdad revelada. Los más han encontrado dicho esquema carente unas veces e insuficiente otras del espíritu ecuménico, patente en el discurso y las ideas del Papa.

La posición católica frente a la fórmula luterana de "la Escritura sola", defiende la necesidad de la Tradición. Es discutible y de hecho discutido si esa Tradición meramente explica y aclara lo que está en la Escritura o añade verdades (dogmas), que de ninguna

manera están en la Escritura, y que desde los Apóstoles hasta nuestros tiempos hayan llegado por la Tradición. Como muchos protestantes actuales aceptan ya una Tradición que interprete el sentido de la Biblia, el primer modo de enfocar y concebir esta cuestión sería más aceptable para la teoría protestante.

Es evidente que la unión no la realizaremos sacrificando la Verdad, pues nadie en conciencia puede hacerlo. Pero este mismo servicio a la Verdad exige que no se den formulaciones definitivas e infalibles en aquellas cuestiones sujetas aún a la ley de la discusión y controversia. Si este Concilio aspira a una renovación interior de la Iglesia que sea un paso al frente hacia la unión, es preciso tener presentes a los hermanos separados, todos aquellos que también creen en Cristo, cuya unión sería fruto remoto del Concilio. Las diversas confesiones cristianas buscan a Cristo por rutas diferentes. Se impone, pues, buscar aquellos puntos donde los caminos se entrecruzan, para acudir con fidelidad a la cita. Deberemos adoptar un método y una forma de expresión que permita a los no católicos comprender rectamente el dogma católico. No renunciaremos a colocar como base el testimonio sereno, lúcido, objetivo de la propia fe. Pero esta misma fe en Cristo, —que nos quiere unidos—, exigirá de nosotros un positivo esfuerzo por conocer la doctrina de los demás cristianos e intentar saber la idea que ellos se forman de la nuestra. Profundizando en aquellos puntos que ellos no comprenden de nuestros dogmas, intentaremos llegar a una formulación que no encuentre en ellos tantos reparos y sea base de auténtico diálogo y no causa u ocasión de monólogos iuxtapuestos.

La diversidad de las posiciones ante el esquema la creemos sumamente explicable y comprensible. Muchos Padres Conciliares pertenecen a naciones en las que no existe el problema de la con-

vivencia con otras confesiones. Fácilmente se tiene de ellos un conocimiento teórico. No ha habido allí ocasión para el diálogo. No ha sido uno testigo de los esfuerzos, de los tanteos para llegar a la Verdad. No se conoce presencialmente la profundidad y respuesta consecuente de los demás cristianos a sus convicciones religiosas y morales. Es obvio que la experiencia de otros muchos Obispos haya venido a completar, matizar y aportar visiones más positivas a un esquema que revelaba excesiva unilateralidad y predominio de determinada escuela teológica. Estas tensiones, repetimos, son necesarias a toda creación. La diversidad en cuestiones opinables es perfectamente legítima. Confesamos que una plena uniformidad en este punto nos hubiese defraudado. Nos hubiese hecho sentir que los Obispos no habían llevado al Concilio el perfil espiritual de sus diócesis, en las que dicha diversidad existe.

El esquema siguiente sobre los medios de difusión no suscitó una gran problemática y sentimos no poder dedicarle mayor extensión en el espacio limitado de esta crónica.

El esquema «*Ut unum sint*»

Se pasó a continuación a otro esquema “*Ut unum sint*”, presentado por la Comisión de las Iglesias Orientales. Digamos que, en tono menor, ha suscitado críticas parecidas a las del de las fuentes de la Revelación. Se ha hecho notar en él la falta de colaboración entre los diversos grupos. (La Comisión Teológica y el Secretariado para la Unión de los Cristianos han trabajado cada uno por su parte materias afines). Opinan otros que dicho esquema no representa el clima ecuménico existente en el Concilio. No se habla en él de responsabilidades compartidas, algunos principios doctrinales aparecen formulados con poca delicadeza y no se insiste en la consoladora realidad de que, al

menos por lo que se refiere a los Orientales y a algunas Iglesias Occidentales, es mucho más lo que une que lo que separa. Se acordó la refundición de este esquema con los de las Comisiones arriba citadas.

Las últimas sesiones estuvieron dedicadas a la discusión de las líneas generales del esquema sobre la Iglesia tema medular del Concilio. Ha sido acogido con vivísimo interés.

Falta espacio para realizar un comentario más extenso.

* * *

Esta ha sido a grandes rasgos la trayectoria de la primera etapa conciliar. Creemos se han manifestado deficiencias que no pretendemos disimular. En nuestra modesta opinión, —y despojamos conscientemente al epíteto de todo carácter de tópico—, se tendrá que hallar una fórmula que permita avances más rápidos sin restringir la libertad de expresión. El Cardenal Montini, en carta a sus diocesanos, notaba la falta de una idea central que hubiese orientado más eficazmente la actividad de las Comisiones preparatorias. Por otra parte el Cardenal Lienart reconoce que el balance tangible y directo es más bien modesto hasta el momento presente. Han surgido algunos signos de tensión entre la asamblea y la Curia Romana y se desea llegar a una mayor internacionalización del gobierno y administración central de la Iglesia.

“El balance moral e invisible, —prosigue con todo el Cardenal Lienart—, es enorme. Lo conseguido fundamentalmente es un colosal cambio de impresiones, un fantástico cruce y en ocasiones choque de mentalidades que han sacudido a la Iglesia entera, sacando a flor sus problemas y descubriendo asombrosas posibilidades”. “Sesión tras

sesión —afirma el Cardenal Gerlier—, hemos visto ir precisándose aquello que tal vez no era tan sensible a través de los trabajos de preparación: un cuidado común por la necesaria renovación y rejuvenecimiento de la Iglesia”.

El Concilio no se ha suspendido. Una Comisión nueva ha sido instituida por el Papa. Deberá refundir los esquemas dentro de la más estricta fidelidad al espíritu conciliar, especialmente los que tratan sobre la Iglesia universal, los fieles y la familia de los hombres, “La marcha de la Iglesia, afirma el Cardenal Leger, es hoy irreversible. La Iglesia se ha puesto en tensión conciliar. Los Obispos del mundo entero se reunirán con más frecuencia en Roma”.

“No existe para nosotros ninguna duda, concluye el P. Congar. Aun cuando el concilio ni hubiese decidido ni fuese a decidir nada; aun cuando esta primera etapa no pudiese ser continuada, se ha obtenido ya un resultado de incalculable valor. Algo irreversible se ha producido y afirmado en la Iglesia. Se ha formado y netamente consolidado un espíritu de Concilio, muy unido al de Juan XXIII. Es espíritu de libertad y franqueza, liberado de todo servilismo y cálculo interesado. Espíritu de servicio a los hombres, alejado de toda actitud dominadora y ávida de privilegios. Espíritu evangélico y apostólico, liberado de triunfalismo apostólico o clerical...”

Los testimonios de quienes han tomado parte activa o seguido de cerca el Concilio, nos hacen abrigar un profundo optimismo. Por ello, nuestro agradecimiento sincero al Señor, de Quien procede todo bien, y el deseo de amplias bendiciones sobre nuestros Pastores, los Obispos, reunidos en torno al Papa.